

Introducción

Mariano Esteban de Vega

Hace sólo algunas décadas, en pleno desarrollo del Estado del Bienestar, se llegó a creer que un ambicioso sistema de protección que combinase el crecimiento económico, la expansión del sistema productivo y la asistencia e intervención en las fracturas sociales sería la piedra filosofal que solucionaría la vieja cuestión social en las sociedades occidentales. Ciertamente, el Estado del Bienestar permitió una relativa integración de la mayoría de la clase obrera --que, incluso bajo formas poco igualitarias y conflictivas, se benefició de determinadas garantías en materia de seguridad en el empleo, de acceso a la educación y de participación en valores culturales comunes-, y, en general, supo asegurar durante varias décadas un notable incremento de la riqueza global y mejoras espectaculares --e históricamente desconocidas- en los niveles de vida de sectores muy considerables de la población. Sin embargo, estos burocratizados sistemas estatales de protección social estuvieron muy lejos de erradicar la pobreza y las desigualdades.

De hecho, en los últimos veinte años, la crisis económica mundial iniciada en los setenta ha supuesto también la crisis de este modelo. Actualmente se discute la viabilidad de las viejas recetas keynesianas (resulta significativo, por ejemplo, que el 50.º aniversario de la muerte de Keynes, en 1946, haya pasado prácticamente desapercibido), pero las alternativas neoliberales están muy lejos de gozar de un consenso generalizado. Se han desvanecido, por tanto, las viejas ilusiones, pero los problemas no sólo perviven, sino que se incrementan y adoptan nuevas formas. No se trata únicamente de los agobiantes problemas de pobreza masiva (mil millones de personas viven en la «absoluta pobreza», según

el Banco Mundial) en lo que antes llamábamos el Tercer Mundo. En los países más desarrollados, a pesar de los considerables progresos realizados en la integración de antiguos sectores marginados (como ancianos e inválidos), se extienden el paro y la precariedad en el empleo, y aparecen nuevos tipos de marginación y exclusión, repartidos por todas las categorías de la población y caracterizados por la carencia tanto de recursos económicos como de los soportes relacionales que aseguran la inserción en un medio en el que resulte humano vivir: alcohólicos dependientes, drogadictos, delincuentes, suicidas, analfabetos, inmigrantes, refugiados...

Aunque la pobreza, la beneficencia y la política social no son, desde luego, nuevos objetos de estudio para las ciencias sociales, su actualidad social ha contribuido a aumentar el interés hacia ellos. A los sociólogos, antropólogos, juristas, politólogos..., tradicionalmente interesados por estos temas, se han sumado los economistas -incluso algunos de aquellos que Benjamin Higgins llamaba hace años economistas normales-o Y desde luego, también los historiadores, especialmente los historiadores sociales, que han incorporado el análisis de estas cuestiones dentro del proceso de eclosión en nuevos territorios y disciplinas experimentado por la historia en las últimas décadas.

Las razones de esta creciente atención histórica por la pobreza, la beneficencia y las políticas sociales van más allá del mero presentismo o de la influencia de las modas historiográficas. Por un lado, no es posible renunciar al conocimiento de esas masas miserables del pasado, ni al análisis de las actitudes y respuestas que se expresan ante ellas, cuestiones con las que el historiador se topa a cada paso. Por otra parte, resulta imposible desvincular el interés por estos temas de la propia utilidad social de la reflexión historiográfica, cuyo papel de instrumento al servicio de la memoria colectiva debe entenderse en un sentido más profundo que el meramente conmemorativo.

Desde esta perspectiva, el presente número de AYER tiene como objetivo fundamental reflexionar sobre las grandes líneas por las que ha transitado la investigación en España en este terreno en los últimos años. Más que servir de cauce para la difusión de los primeros frutos de investigaciones en curso, el volumen pretende trazar un estado de la cuestión en algunos aspectos que, a juicio del editor de este volumen, resultan particularmente relevantes: la pobreza y la beneficencia en el siglo XIX (Mariano Esteban), la prostitución -entendida como una cuestión que, como señala [Jean-Louis Guereña (Universidad Francois Rabelais de

Tours), trasciende el mero análisis de la pobreza y la marginación-, el mutualismo --estadio intermedio entre la caridad/beneficencia y los seguros obligatorios del siglo xx (Elena Maza, Universidad de Valladolid)-, la primera legislación laboral (Manuel Carlos Palomeque, Universidad de Salamanca), los orígenes del Estado Social (María Dolores de la Calle, Universidad de Salamanca) y la evolución de la previsión social en la España del siglo xx (Ana M. Guillén, Universidad de Oviedo). Dada la naturaleza de estas cuestiones, esencialmente interdisciplinarias, se ha estimado conveniente incorporar a este volumen no sólo trabajos realizados por historiadores, sino también por especialistas en ciencias sociales al margen del estricto terreno de la historia, como el Derecho del Trabajo y la Sociología. Finalmente, la referencia al estado de la cuestión en una historiografía tan influyente en la española como es la francesa (Jacques-Guy Petit, Universidad de Angers), y en otra mucho más desconocida, como la portuguesa (María Antónia Lopes-Toiio Lourenço Roque, Universidad de Coimbra), pretende servir de contrapunto al camino recorrido en estos años por los historiadores españoles.

Estas breves líneas de introducción son, por último, una buena oportunidad para dejar testimonio explícito de mi agradecimiento a los autores de los trabajos que aquí se publican, todos ellos reputados especialistas en sus respectivas materias, por su amable colaboración en este volumen.